

Tito Monterroso o el exilio interminable

Margo Glantz

El exilio es una de las zonas fundamentales de exploración del escritor moderno. Exilio territorial, exilio de la lengua, exilio del tiempo mismo. Margo Glantz explora desde esta perspectiva la obra autobiográfica de Tito Monterroso.

I

La enfermedad es quizás uno de los primeros exilios del escritor, ¿no lo fue en el caso de Franz Kafka, en el de Thomas Mann, o en el de Roland Barthes? También lo es para Augusto Monterroso. Su primer recuerdo autobiográfico, si tomamos como punto de partida lo que su autor cuenta en *Los buscadores de oro*, es, además de un río en su natal Tegucigalpa, inserto en un paisaje pintoresco —como una especie de *souvenir* turístico—, una cama donde yace extenuado por una fiebre palúdica: su madre y una sirvienta lo atienden; al fondo, como en un cuadro de costumbres, de pie contemplando al enfermo, el padre dibujado borrosamente; por fin y para completar el estereotipo aparecen también en segundo plano el hermano y la hermana. La atención se desvía luego y se traslada de nuevo y sin transición al río y nos relata una aventura, la de varios niños dedicados a encontrar tesoros, como en las novelas de Julio Verne o de

Salgari o, ¿por qué no?, en cualquiera de las crónicas escritas por esos conquistadores ansiosos por encontrar, como los pequeños, el oro proverbial de la llamada en el siglo XVI la Tierra Firme.

Puede decirse que este libro es netamente autobiográfico, en él se narran sólo los recuerdos de sus primeros dieciséis años de vida; al escribirlo ha optado por iniciar su narrativa con esta historia de enfermedad, dándole por ese solo hecho una importancia específica y esa dolencia se ha producido en un país cuyo destino histórico parecería predecir la imposibilidad de que en su suelo naciesen buenos escritores. Al concluir el capítulo III escribe frases contundentes que matizan la idea de que la enfermedad sea definitiva en su vida de escritor, o más bien niega que la región donde esa enfermedad se ha producido tenga importancia en sí misma, aunque al avanzar la narración se contradiga varias veces: un inicio deliberado corresponde a la importancia que el autor pueda atribuirle a una anécdota como

uno de los puntales de su libro, el que lo organiza y le da forma:

...estoy convencido de que para quien quiere en un momento dado, de pronto o gradualmente, decide que va a ser escritor, no existe diferencia alguna entre nacer en cualquier punto de Centroamérica, en Dublín, en París, en Florencia o en Buenos Aires. Venir a este mundo al lado de una mata de plátano o a la sombra de una encina puede resultar tan bueno o tan malo como hacerlo en medio de un prado, en la pampa o en la estepa, en una aldea perdida de provincia o en una gran capital. Enfrentar el mosquito anófeles del paludismo en una aislada población del trópico o los bacilos de Koch en Praga, puede en verdad determinar el curso que seguirá su vida, acortar ésta o hacerla insostenible y melancólica, pero no impedirle concebir ideas originales y formularlas en frases brillantes o, para el caso, salvarlo de pensar tonterías y exponerlas en frases torpes.

II

¿Qué es el exilio para un escritor? ¿Puede alguien ser exiliado de tres países diferentes —como le sucedió a Tito Monterroso? ¿Serían exilios sus continuos desplazamientos infantiles y juveniles entre Honduras y Guatemala? ¿Su primer exilio sucedió en 1944 cuando por razones políticas salió de Guatemala para instalarse en México? ¿O su más evidente exilio será el que lo llevó de Bolivia —donde era cónsul del gobierno legítimo de Jacobo Arbenz— a Santiago de Chile, cuando su país fue invadido por los esbirros de Castillo Armas? Más aún, ¿el tono macabro con que termina su libro, una vez fallecido su padre, no señala un exilio, el de la infancia que termina cuando llega la adolescencia y pierde al padre, un exilio que lo conduce de la abundancia a la miseria, de la pertenencia a una aristocracia centroamericana al proletariado, pues al trasladarse de Tegucigalpa a Ciudad de Guatemala deberá ganarse el sustento en una carnicería, desde los dieciséis a los veintidós años de edad? ¿O Monterroso siente sobre todo que su principal y permanente exilio fue haber salido de Centroamérica, una unidad de países diferentes con sus propias características e idiosincrasias y sin embargo parte de ese Cuarto Mundo al que alude en el mismo libro autobiográfico antes citado?:

Hoy 18 de mayo de 1988..., en la soledad de mi estudio... a las once y quince de la mañana, emprendo la historia que no podía contar *in extenso* aquella tarde primaveral e inolvidable de la Toscana, en Italia, en que me sentí de pronto en lo más alto a que podía haber llegado a aspirar como escritor del Cuarto Mundo centroamericano,

que era casi como venir del primer mundo, del candor primero que decía don Luis de Góngora.

La territorialidad es precaria, se oscila de un país al otro, como si en realidad fueran el mismo, se declara uno guatemalteco pero se ha nacido en Tegucigalpa: son hondureños la madre y los abuelos maternos, de las principales familias del lugar y en su genealogía se incluyen los presidentes. Guatemaltecos son el padre y los abuelos paternos, el abuelo, un general tal vez envenenado por uno de los tiranos en turno, por haber pretendido llegar a la presidencia de su país natal. Así, se proviene por igual de Honduras y de Guatemala; el origen es por ello bizarro, oscilante: desestabiliza; aunque uno debería tener asignado como su primer territorio un sitio específico, la casa donde se ha nacido, en su caso ese lugar es también impreciso debido a los continuos desplazamientos por distintas partes de las mismas ciudades y luego entre ciudades de países diferentes. Por eso y para impedir cualquier ambigüedad en el lector y en sí mismo, Monterroso declara tajantemente: “Soy, me siento y he sido siempre guatemalteco; pero mi nacimiento ocurrió en Tegucigalpa, la capital de Honduras, el 21 de diciembre de 1921”.

Dos naciones fueron su patria, dos países “por donde su padre y varios de sus hermanos se movieron nerviosamente” y que alguna vez estuvieron unidos “vagamente”



Augusto Monterroso

Augusto Monterroso

La Oveja negra

y demás fábulas

Ovis nigra

atque caeterae fabulae



Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional Autónoma de México

por “el idioma español y los colores azul y blanco que ostentan todas y cada una de sus banderas nacionales” y, sobre todo, en el siglo XX, por su triste destino de repúblicas bananeras controladas por la poderosa United Fruit Company que instalaba y derrocaba dictadores a su antojo.

III

Con gran facilidad y como si la una fuera consecuencia de la otra, Monterroso asocia acontecimientos concretos de la vida cotidiana, es decir, las experiencias inocentes y naturales que le pueden suceder a un niño, con sus primeras relaciones con la lectura, la literatura y el arte. La casa natal en Tegucigalpa fue alguna vez también una imprenta donde el padre de Monterroso imprimía libros, revistas o periódicos; Vicente Monterroso volvía

recurrentemente a la ocupación de tipógrafo, profesión con la que se identificó cuando contrajo matrimonio con Amelia Bonilla, matrimonio insigne en que los testigos de boda fueron un ex presidente de Honduras y otro que habría de serlo en el futuro, amén de dos importantes artistas, un músico y un poeta, dos bellas artes que Monterroso apreciaba por encima de las demás.

Jugar con el linotipo, llevar impregnado el olor a tinta y describir amorosamente los aparatos que permitían imprimir los libros son acciones convertidas por el narrador en una ocupación deleitosa, ejercida antes de aprender a leer, como un entretenimiento que más tarde le permitirá comprender de manera inmediata y literal — concreta, manual, visual— el significado del célebre soneto de Rimbaud intitulado “Voyelles”: equipara lo que ha aprendido y visto en el taller de impresión con los alfabetos en forma de cubos que los niños usan —y él mismo utilizaba— para aprender a escribir y a deletrear:

...que mis compañeros aprendices e escritores como yo consideraban una genialidad del poeta (genialidad, desde luego, lo era, pero en otro sentido, no en el meramente sinestésico que ellos le atribuían) y —lo que sí ya era malo para mí y me molestaba— como una terrible falta de imaginación de mi parte, yo recordaba y veía con claridad la forma, el tamaño y el color de cada una de las vocales cúbicas de mi infancia y sostenía que Rimbaud sólo hacía alusión a los colores de las vocales de *sus* cubos.

Vivencia infantil sumada a las vivencias del que quiere escribir; se entrena para ello leyendo a los grandes poetas y discutiéndolos con sus pares para transformarla alquímicamente en un territorio ideal, el suelo donde viven quienes se dedican a las letras, sin cuidarse por ello del país concreto en el que se reside por azar o nacionalidad.

IV

Poco a poco, Monterroso, ayudado por sus seres más cercanos, va perfeccionando ese territorio portátil, deambulatorio, capaz de hacerlo soportar y a veces hasta apreciar el —los— exilio(s):

—A la madre le debe muchas cosas, la atención que le prodiga cuando está enfermo, aprender a facturar

¿Qué es el exilio para un escritor?
¿Puede alguien ser exiliado de tres países diferentes —como le sucedió a Tito Monterroso?

Con gran facilidad y como si la una fuera consecuencia de la otra, Monterroso asocia acontecimientos concretos de la vida cotidiana con sus primeras relaciones con la lectura.

tablillas de chocolate, hacer dulce de leche, acitronar frutas y leer a Dostoievski, Gogol, Dickens, *Las mil y una noches* o leer en voz alta y en familia el *Gil Blas de Santillana*...

—Del padre proviene la inestabilidad, el aire bohemio y relajiento, las lecturas desordenadas sin ninguna jerarquización por donde deambulan autores chabacanos y grandes escritores como Valle-Inclán y Unamuno y la inclinación a la música que comparte con la madre, cuya voz se distinguía “entre las de trescientas otras” o con su hermano, cuyo talento de tenor podía haberlo hecho un profesional al estilo de Tito Schipa y quien por razones obvias no alcanza a concretar su carrera, y quien además, es definitivo en su vocación literaria: “me aseguró que Darío era el mejor poeta de la lengua española, pero que Dante era el más grande en cualquier idioma”, asimismo, y nada menos, lee y recita en voz alta escenas del *Quijote*.

—También en la familia habrá personajes pintorescos, un tío paterno de quien ha heredado el nombre, cantante-caricaturista-actor-torero-vendedor ambulante de chorizos, a quien recuerda con mucho cariño en diversos textos; otro es un hombre gordo cuya ocupación favorita era la de inventor, por ejemplo falsificaba billetes, 50 por ciento más caros que los verdaderos, anécdota que Tito solía narrar a menudo, o fabricaba un insecticida menos potente y más costoso que los que vendían por ese entonces los grandes consorcios norteamericanos.

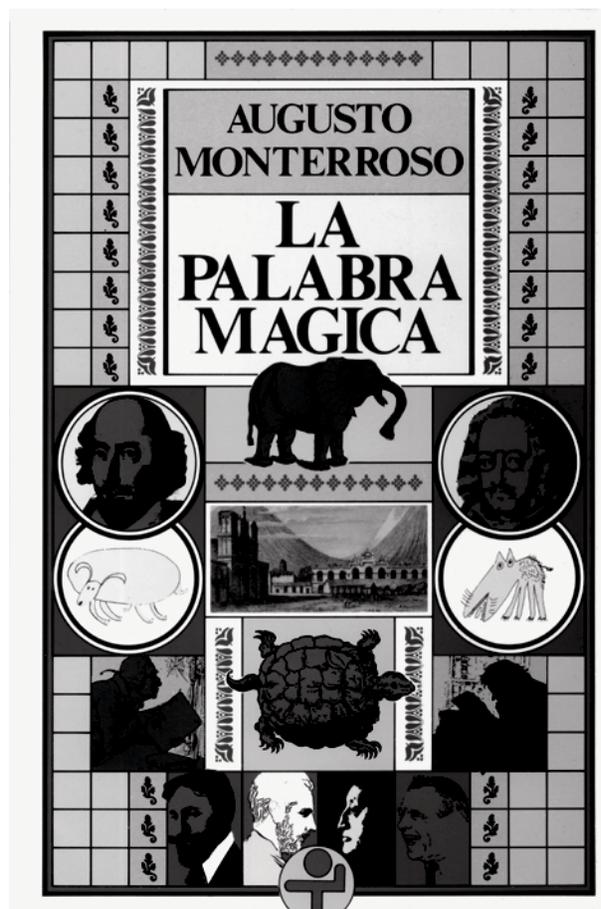
—El cine; uno de los múltiples oficios del padre es ser gerente de un cine y la familia vive allí mismo; también el circo ambulante donde encuentra su primer gran amor, desgraciadamente platónico. El espectáculo, el ver con pasividad lo que sucede en escena, contamina el recuerdo y lo que se rememora se cuenta como si se estuviese contemplando una película. El segundo capítulo empieza diciendo: “Veo un río ancho, muy ancho, su corriente tranquila”. En el capítulo diez la imagen se refuerza y el narrador está sentado en una silla contemplando un espectáculo en el que él es el actor y su propio espectador:

En mi alto insomnio veo a veces a un niño de nueve o diez años sentado en una silla reclinada contra la pared y sostenida en el piso sobre sus dos patas traseras. A lo

lejos, más allá del río, aparece una vez más, insistente, la ladera polvorienta en la que el niño ve un día tras otro las diminutas figuras de dos campesinos moviéndose lentamente con su buey y su arado, y que a fuerza de repetirse se han vuelto familiares.

Y al dar cuenta de estos hechos y de esas historias verifica cómo se fue bosquejando su personalidad y define algunas de las facetas que más tarde consolidarán su escritura; lo más grave es que ya es consciente, con resignación y melancolía, de que ha nacido en una región cuyas naciones son conocidas despectivamente como las “repúblicas bananeras”, por lo que se ufana en encontrar ejemplos que demuestren cabalmente que:

[...] no son tan sólo plátanos lo que sus pueblos han producido. Se les debe por lo menos, y no es poco, el *Popol Vuh*, libro sagrado de los mayas; el mejor poema mun-





dial neolatino, la *Rusticatio mexicana*, escrito en su destierro de Bolonia en el siglo XVII por el jesuita guatemalteco Rafael Landívar, y la obra con que el nicaragüense Rubén Darío renovó y transformó a finales del siglo pasado la expresión poética en castellano, algo que no había sucedido en nuestro idioma desde los tiempos lejanos de Luis de Góngora y Garcilaso de la Vega.

Y al verificar sin sonrojos que su padre pertenece a esa vasta familia de incurables bohemios que terminan inexorablemente en el fracaso, y al pormenorizar los que habían sido sus peculiares encantos y sus más amables defectos se siente obligado a redimirlo y redimirse esgrimiendo el ejemplo de otros personajes que hubiesen podido tener el mismo destino, si no hubiesen poseído la voluntad y el genio que les permitió prescindir “(d)el falso azul nocturno de (esa) inquerida bohemia” de la que hablaba Darío:

Rubén Darío, Ramón del Valle-Inclán —a quien de cierta forma clasifica como escritor latinoamericano— y Enrique Gómez Carrillo tuvieron la fortuna o de encontrar o de poseer la energía suficiente para convertir sus días de bohemia en obras maestras que en mucho cambiaron el destino de la literatura de nuestra lengua, y aun del idioma mismo. Y París y Madrid eran París y Madrid. Toda aquella bohemia, querida o inquerida, trasladada a Tegucigalpa —llaman generosamente mis amigos a esta ciu-

dad— ...resultaba más trágica y grotesca, pero no tuvo nunca su poeta, su cronista ni su Valle-Inclán que la vivieran o escribieran con genio. ¿Cómo con ese espíritu dedicado al arte y a lo que se llamaba el ideal, era posible hacer nada, así fuera sólo sobrevivir, en aquel ambiente en que en lugar de cafés había cantinas y en lugar de ajeno aguardiente de caña, llamado “guaro”, ese licor de bajo precio que producía una embriaguez “innoble” y, en que la selva —como decía Barba Jacob (otro guatemalteco ilustre que se exilió en México) se comía a la ciudad, una compañía productora y vendedora de plátanos colocaba a los presidentes, todavía los coloca— y en que un esbirro como Tomás “Caquita” podía agarrar del cuello a un poeta y aterrorizarlo en la cárcel por “maricón”?

v

Y es aquí donde el exilio se convierte en un designio casi providencial:

El pequeño mundo que uno encuentra al nacer es el mismo en cualquier parte en que se nazca; sólo se amplía si uno logra irse a tiempo de donde tiene que irse, *físicamente o con la imaginación* (subrayado mío).

Con la imaginación se puede construir un exilio que lo haga descender a uno de figuras ilustres o de regiones mucho más civilizadas; para lograrlo se apoya en fuentes eruditas o con ayuda de alguno de sus admiradores: así encuentra por ejemplo a un español del siglo XVI llamado Gabriel Monterroso, autor de un tratado jurídico publicado nada menos que en Alcalá de Henares, o, mejor, se podría ser descendiente de un poeta veneciano denominado Janus Vitalis de Monterosso, activo por breve tiempo durante el Renacimiento en la corte del papa León X, autor de epigramas latinos (actividad que a nuestro Monterroso le atraía especialmente) y que había sido mencionado “al desgaire” en un artículo suyo publicado en *El País* de Madrid, en ocasión del aniversario de Quevedo, donde relata que, en su *Vida de Samuel Johnson* —autor muy admirado por Tito—, James Boswell hace mención de ese semidesconocido personaje. Artículo que a su vez provoca una serie de coincidencias y encuentros y casi inaugura una nueva genealogía monterrosiana. Ascendencia que en cierta forma parece enorgullecerle: lo liga a Italia, país de gran tradición artística y donde al mismo tiempo, estando en Siena, invitado a dar una conferencia y a relatar su vida, decide escribir el libro que reseño aquí. Genealogía que, con su habitual sentido del humor, de inmediato descarta, pues “por línea inglesa directa todos descendemos de Darwin”.

De particular importancia es que su breve texto está dedicado a Quevedo y a su bellissimo soneto *Roma sepul-*

tada en sus ruinas que comienza así *Buscas en Roma a Roma, ¡oh, peregrino!*; Quevedo, poeta, lo sabemos bien, con una honda raíz en la tradición latina, genealogía de la que nunca Monterroso hubiera podido abjurar.

En cambio, da la casualidad de que *físicamente* todos los personajes que había mencionado anteriormente y utilizado a manera de ejemplo —Gómez Carrillo, Rubén Darío— fueron exiliados y construyeron su obra fuera de su país, incluyendo a su amigo Luis Cardoza y Aragón quien vivió, como el propio Monterroso, la mayor parte de su vida en México, país en el que podía hacer vigente un dicho latino que a la letra dice: *Ubi bene, ubi patria* y que culposo invoca en cierto momento de su libro y en varios de su vida.

El verdadero o el más desafortunado exilio sería entonces el vivido en Chile, donde permaneció dos años —de 1954 a 1956— después del golpe de estado que lo obligó a asilarse allí, antes de volver a México para siempre. En su cuento “Llorar orillas de Río Mapocho”, parece implicarlo así:

Sé que está en la mente de todos y que lo que voy a decir es bastante obvio y por eso he querido demorarlo un tanto; pero en fin, tengo que decirlo: el destino de quienquiera nazca en Honduras, Guatemala, Uruguay o Paraguay y por cualquier circunstancia, familiar o ambiental, se le ocurra dedicar una parte de su tiempo a leer y de ahí a pensar y de ahí a escribir, está en cualquiera de las tres famosas posibilidades; destierro, encierro o entierro. Así que más tarde o más temprano, si logra evitar el último, llegará el día en que se encuentra con una maleta en la mano y en la maleta un suéter, una camisa de repuesto y un tomo de Montaigne, al otro lado de cualquier frontera y en una ciudad desconocida, oyendo otras voces y viendo otras caras, como quien despierta de un mal sueño para encontrarse con una pesadilla.

VI

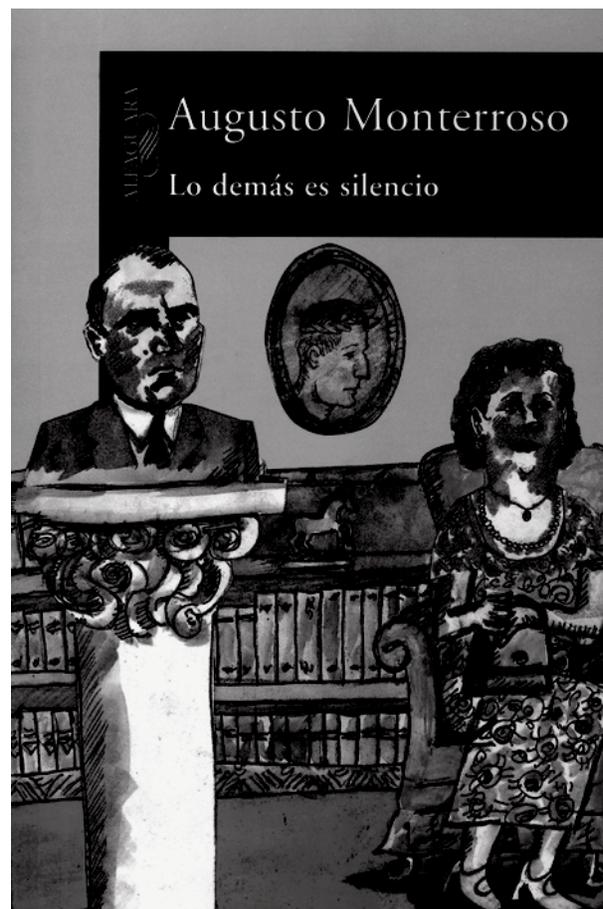
Pero hay otras formas de exilio, además del imaginario y del verdadero, el que lo hace mudarse de país. Un exilio de raíz, se genera en un acto primitivo, troquela para siempre y produce un desarraigo esencial:

... esta ineptitud debo achacarla, en primer lugar a que siempre he padecido una incurable distracción, y en segundo, a que a lo largo de mi vida he vivido las cosas como si lo que me sucede le estuviera sucediendo a otro, que soy y no soy yo. Miro a este otro vivirlas en el instante en que se producen, y lo veo posponer casi conscientemente su posible emoción. Observo que este fenómeno se acentúa con los sucesos que podrían llamarse positivos, como si las cosas buenas no pudieran ser para mí ni para ese otro yo al que miro actuar, y que con seguridad tampoco las merece.

Desdoblamiento que pareciera haberse originado en un momento específico, del que no se sabe a ciencia cierta si es el primer recuerdo que la mente ha retenido o si es el que se ha elegido para explicar lo inexplicable. Constituye un momento vertiginoso, en el que se pierde la inocencia y con ella se experimente por primera vez el exilio que ha de durar para toda la eternidad o lo que dure la propia vida.

El niño está en Guatemala, en una enorme mansión donde se vive a la manera patriarcal; habitan plácidamente y al unísono padres, abuelos, tíos paternos, criados y criadas. Contradiendo la brevedad con que habitualmente se refiere a cierto tipo de situaciones y de objetos y su declaración de que es incapaz de recordar con precisión, “ni entornos, portes o caras de personas”, Monterroso describe con particular minucia la casa donde se ha producido el recuerdo, con sus patios, sus macetas, sus lavaderos, la cocina, los tendedores de ropa, los corredores, las habitaciones y también las omnipresentes nubes blancas “de verdad”, y esas “otras literarias de contornos cambiantes”, ingrediente esencial de su imaginario artístico:

Tengo alrededor de cinco años. En el momento del recuerdo me hallo en el penumbroso dormitorio de una de mis tías, debajo de una mesa cubierta con un largo mantel de terciopelo que llega hasta el piso. Juego enormemente entretenido con una niña de mi misma edad, una negri-



ta, hija sin duda de alguna de las sirvientas... De pronto el juego se ha vuelto más serio y mi abstracción en él más profunda. Sentados el uno al lado del otro yo le he bajado los calzones blancos adornados con encaje y examino su sexo con enorme curiosidad y gusto, mientras ella me deja hacer, supongo que entregada a mi ávido manoseo con la misma fascinación... Sin embargo, y sin poder evitarlo, llega el instante en que una de mis tías nos sorprende y nos saca de nuestro escondite con escándalo...

¿Qué ha pasado? El juego color de rosa se practica en medio de un silencio “penumbroso” que anticipa el significativo desenlace. Podríamos tomar prestadas algunas palabras utilizadas por Jean-Paul Sartre para definir un viraje determinante en la vida de su biografiado Jean Genet —por otra parte, personaje radicalmente distinto del Monterroso pintado por sí mismo—:

...en ese instante preciso se ha producido la metamorfosis, es el que siempre había sido, y sin embargo, helo allí, convertido en un desconocido. Expulsado del paraíso perdido, exiliado de la infancia, de lo inmediato, condenado a verse a sí mismo; provisto de repente de un yo monstruoso y culpable, aislado, separado, en suma, convertido en gusano. Un principio malvado residía en él, inadvertido, y de repente lo han descubierto...

La primera experiencia sexual, que con sus tonalidades románticas —calzones decorados con encajes blancos, piel sedosa de una criadita negra, delicada textura rosada de un sexo impúber— soslaya su connotación feudal, se trueca de inmediato en una vivencia de infierno, algo que cercena y troquela para siempre:

Así, es probable que la satisfacción que me producía el lindo color rosado del sexo de mi primera pareja erótica, y el consecuente castigo que recibí al ser expulsado de aquel inocente paraíso infantil, hayan impreso en mí de manera indeleble un sentido de culpa y condena, de rotundo no merecimiento de lo bueno o lo placentero, cosas estas últimas que en todo el futuro deberían ser ya para siempre y por derecho propio sólo para los demás.

El siguiente recuerdo es el de un asesinato, el del abuelo envenenado, tendido en su cama ofrecido a la

mirada asombrada del niño. Luego la muerte inesperada de la tía Lo, la misma que le ha anunciado el deceso del abuelo, junto con otra tía y la abuela Rosalía ahogadas por la imprevista corriente de un río casi siempre seco que arrastra el automóvil descapotable de otro de sus tíos.

VII

Monterroso decide interrumpir la historia de su vida en 1936, en Tegucigalpa, año del fallecimiento del padre, año en que la familia, debido a la irresponsabilidad y a la vida bohemia de Vicente Monterroso se desclasa y cae en la más absoluta miseria y, Augusto, casi autodidacta —detestaba la escuela—, se ve obligado después a ganarse la vida de los dieciséis a los veintidós años en una carnicería de Guatemala “absolutamente todos los días del año, excepto el Jueves santo porque el Viernes santo no se vendía carne”. Durante el día tiene a veces tiempo de leer y de estudiar gramática y latín, y gracias a la bondad de uno de sus jefes que le presta libros empieza a leer a Shakespeare, a Chesterfield, a Víctor Hugo, a Juvenal, a Madame de Sévigné...

El final cronológico de la infancia coincide en su libro con la descripción del cielo azul, las nubes immaculadas y tranquilas de su ciudad natal, pero, ensombreciéndolas, ya, entre ellas,

...los negros zopilotes, elegantes y perezosos, volaban con libertad, entregados a sus amplias evoluciones, o, bajando de pronto, se concentraban en algún punto de la ciudad, del río o de los cerros vecinos, en los que habían olfateado su ordinario festín de vacas, perros o caballos muertos.

La simbología de las famosas vocales del poema de Rimbaud reaparece y los tonos de las diversas escenas contrastan violentamente; Monterroso transita de los tonos románticos e immaculados de muchos de los capítulos del libro (sin que desaparezcan del todo lo rosado, lo lila y lo celeste) a los tonos oscuros y funerarios: entre el primer recuerdo, el que inicia el exilio, y el último que clausura definitivamente la infancia, la paleta del escritor se ha teñido de nostalgia y melancolía. **U**

Jugar con el linotipo, llevar impregnado el olor a tinta y describir amorosamente los aparatos que permitían imprimir los libros son acciones convertidas por el narrador en una ocupación deleitosa.